

es propio de Cristo restituir los pecadores á su madre la Iglesia. Y así como este mancebo salió de su casa muerto, pero volvió á ella vivificado por Cristo, así el pecador que sale de la Iglesia, ó congregación de los justos, llevado de sus pasiones, vuelve á ella restituido á la vida, con grande alegría de todos. ¡Oh dulcísimo Salvador! Gracias os doy por el bien que hacéis á tantas almas. ¡Oh, si todos los pecadores se volvieran á juntar en la congregación de los justos, para que la Iglesia se gozase de tener muchos hijos vivos! Pues Vos podéis darle este gozo, no la privéis de él, para que vuestro nombre sea glorificado, y digamos lo que dijo la gente que vió este milagro¹: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado con misericordia á su pueblo».

Epílogo y coloquios. ¡Oh triste estado del pecador, que ha venido á perder la divina gracia, á consecuencia de la fogueidad de sus pasiones! El difunto hijo de la viuda de Naim es su fiel retrato. Encerrada y metida su alma en su cuerpo como en un ataúd ó andas, es arrastrada por cuatro violentas pasiones: lujuria, codicia, ambición é ira; las cuales le llevan irresistiblemente al hoyo del infierno, si Dios no pone remedio. Pero ¡bendita sea la misericordia de Jesús! Él sale al encuentro de aquel difunto, y compadecido de las lágrimas de su desconsolada madre, se acerca al féretro, toca las andas, páranse los que las llevan, y hablando con voz sonora con el muerto, como si estuviera vivo: «Mancebo, dice, á ti te digo: levántate». Y el difunto se levanta, se incorpora en las andas, y Jesús lo entrega á su madre, la cual resucita también de la tristeza mortal que la consumía las fuerzas. ¡Cuántas veces el Señor nos ha salido, por ventura, al encuentro en medio de nuestra carrera de disolución y pecado! ¡Cuántas veces con su omnipotencia ha tocado las andas, calmado nuestras pasiones, para que, tranquilos y sosegados, pudiésemos pensar en lo que más nos importaba! Y nosotros tal vez, en lugar de imitar al difunto, que se levantó á la voz de Cristo, nos hemos quejado interiormente de que nos venía á turbar nuestros placeres mundanos, y voluntariamente nos hemos vuelto á echar en brazos de las pasiones desordenadas. ¿Qué haremos en adelante? ¿Cómo corresponderemos á la bondad de Jesús? ¿Qué exige de nosotros Su Majestad? ¿Sentimos todavía la fuerza de las pasiones que nos arrastran al mal? ¿Quién nos librerá de este cuerpo de muerte? Sólo la gracia de Dios. Para alcanzarla, pues, hagamos muy eficaces propósitos de practicar los medios necesarios, y roguemos, no sólo por nosotros, sino por todos los pecadores, y por todo el mundo.

¹ Luc., vii, 16.

107.—ENFERMEDAD Y MUERTE DE LÁZARO.

PRELUDIO 1.º Habiendo enfermado Lázaro, sus hermanas se lo comunicaron á Jesús, el cual no fué á Betania hasta pasados cuatro días de su muerte.

PRELUDIO 2.º Representáte á Jesús diciendo á sus discípulos: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros, para que creáis».

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber orar de tal modo, que alcances lo que pretendes.

Punto 1.º Enfermedad de Lázaro, y diligencia de sus hermanas en notificarla á Jesús.—Habiendo caído gravemente enfermo Lázaro, hermano de Marta y María, discípulas muy amadas del Señor, le enviaron un recado, diciendo: «Señor, mira que el que amas está enfermo». Pondera en estas breves palabras un modo de orar breve, perfecto y muy eficaz, propio de los varones espirituales, ejercitados en la vida activa y contemplativa, figuradas por Marta y María, al cual llama Hugo de San Víctor² modo de orar por insinuación, y consiste en representar á Dios brevísimamente alguna necesidad del cuerpo ó alma que padece, alegándole por título el amor que te tiene, dejando en todo lo demás el cuidado de tu remedio á su divina providencia, con grande confianza y resignación en su voluntad; porque, si sabes que te ama, basta esto para que creas que hará todo lo que te conviene, aunque no le pidas nada. Este modo de orar presupone grande estima del amor que Dios nos tiene, grande confianza en su misericordia y resignación en su voluntad, no queriendo más que lo que Él quisiere cuanto al remedio de tus necesidades, y al lugar, tiempo y modo de remediarlas. En este modo de oración debes ejercitarte á menudo, diciendo á Jesús: «Señor, el que amáis está enfermo»; ó cambiando esta última palabra, puedes decir: Señor, el que amáis está triste, desconsolado, tibio, seco, indeyoto; está tentado de ira, soberbia. En lugar de «el que amáis», puedes aducir otros títulos de amor, diciendo: Señor, el que redimisteis con vuestra sangre, el que prohijasteis en el Bautismo, el que alimentáis con vuestra carne, el que escogisteis por religioso, está lleno de imperfecciones. Este modo de orar es semejante al que usó la Virgen cuando en las bodas dijo³: «No tienen vino», dejando el remedio de la necesidad á la voluntad de Jesús. ¡Oh Maestro soberano! Grandemente confuso al ver mi miseria, me postro delante de Vos, y os digo: Señor y Padre mío, este pobre siervo é hijo vuestro, á quien creasteis, conservasteis y redimisteis, á quien habéis rodeado de vuestra protección, es tan miserable, que ni sabe conocer los favores que le hicisteis, ni los sabe agradecer como conviene, y se ve grandemente conturbado por las inmensas deudas que ha contraído y no puede pagar; mostrad

¹ Joan., xi, 3. — ² Lib. de modo orandi, c. 2. — ³ Joan., ii, 3.

en él el amor paternal que tenéis, haciendo que os sirva y alabe del modo que queréis. ¡Oh alma! ¡Imitarás en adelante la resignación y confianza de estas piadosas hermanas?

Punto 2.º *Respuesta de Jesús, diciendo que la enfermedad de Lázaro no era de muerte.*—Al recado de Marta y María contestó Jesús, diciendo: «Esta enfermedad no es de muerte, no parará en muerte, sino que está ordenada para gloria de Dios». Esta respuesta trazó Jesús, parte para consolar á las dos afligidas hermanas, parte para probar su virtud fuertemente, para que se viera cuál era su fe y resignación. Considera primeramente el modo cómo consuela Cristo á estas devotas suyas con la razón de mayor consuelo que hay en la tierra, que es decírlas que la enfermedad de Lázaro y las enfermedades y penalidades de los escogidos, así del cuerpo como del alma, todas son para la gloria de Dios y suya, y que sabe el suceso que han de tener antes que venga, y el bien que ha de sacar de ellas. Y esta gloria de Dios resplandece, ó en librarnos de ellas cuando menos pensamos con un modo maravilloso, ó en darnos en ellas maravillosos dones de su gracia y maravillosa paciencia. ¿Quién, al considerar esto, no se alentará á sufrir las enfermedades? Pondera luego la grande prueba de las dos hermanas viendo que su hermano murió, habiéndolas dicho Jesús que su enfermedad no era de muerte. ¡Qué fe tan viva necesitaron para no sucumbir en ella, llegando á dudar, ó de la veracidad, ó de la omnipotencia de Jesús! Así había Dios probado á Abraham² cuando le mandó sacrificar á su hijo Isaac, el cual creyó en la esperanza contra la esperanza³, pensando que Dios era poderoso para resucitarle. Del mismo modo quiso el Señor que hiciesen estas hermanas de Lázaro, y así has de obrar tú cuando, pidiendo la salud, la humildad ú otra virtud, permite el Señor que crezca la enfermedad ó arrecien las tentaciones contra ella. ¿Cuáles son las pruebas á que te sujeta actualmente el Señor? ¿Cómo las llevas? ¡Oh Salvador dulcísimo! En vuestras manos me arrojé, á Vos rindo mi juicio y voluntad, y me ofrezco á pasar por todo lo que ordenareis. Aunque me matéis⁴, no perderé la esperanza de que me podéis resucitar; y si dijereis que he de morir, y me asaltare la muerte, creeré en la esperanza contra la esperanza, entendiendo que esta muerte será para darme mejor vida.

Punto 3.º *Jesús reveló á sus discípulos la muerte de Lázaro, y se decidió á ir á Betania.*—Considera cómo, pasados dos días, dijo el Señor á sus Apóstoles: «Volvamos á Judea». ¡Cuánta fortaleza manifiesta en esta ocasión el Señor! Poco hacía que le querían matar los judíos, como le objetaron los discípulos; mas, conociendo ser aquella la voluntad de su Padre, nada puede estorbarle que la cumpla, enseñándote lo que tú debes hacer

¹ Joan., xi, 4. — ² Gen., xxii, 1. — ³ Ro.ii, iv, 18. — ⁴ Job, xiii, 15.

cuando conoces la voluntad de Dios. Para esto, pondera dos memorables sentencias que Jesús dijo á sus discípulos en esta ocasión para animarlos. La primera: «¿Por ventura el día no tiene doce horas¹?» Como si dijera: Así como el día tiene doce horas, y nadie podrá hacer que no las cumpla sino Dios, del mismo modo los días y horas de mi vida están tasados, y ninguno podrá cortarlos antes de tiempo. Por lo cual, bien puedo acometer lo que fuere para gloria de Dios, sin miedo de perder la vida, hasta que Dios lo tenga ordenado, fiándome de su providencia, que, si conviene, mudará las voluntades de mis enemigos, y los que eran mis contrarios se convertirán en auxiliares. La segunda: «Quien anda de día y con luz, no tropieza porque ve la luz». Que es decir: Que teman los que andan en las tinieblas de la infidelidad y faltos de la luz de la fe y de la gracia, es muy justo; pero quien anda en verdad delante de Dios, no tiene que temer, porque la verdad y luz de Dios le librarán de caer y morir, mientras Dios quisiere que viva. ¡Qué motivos tan poderosos de fortaleza y resignación te da el Señor en estas dos sentencias! Luego de clara á sus Apóstoles la muerte de Lázaro con estas palabras: «Lázaro, nuestro amigo, duerme, y voy á despertarle». La muerte para el justo es como un sueño, y con la misma facilidad que tú despiertas un dormido, puede Dios resucitar á un muerto. ¡Oh Dios verdadero! Mirad cuántos muertos en el espíritu andan por el mundo; todas las fuerzas humanas no bastan para darles vida; pero Vos podéis otorgársela con solo vuestro querer: obrad con todos ellos este prodigio, para que, resucitando á la vida de la gracia, puedan, después de la universal resurrección, alabaros y glorificaros en el cielo. ¡Oh alma! No temas exponerte á los peligros por el servicio y gloria de Dios. ¿No te acuerdas que tus días están contados, y nadie podrá acertarlos contra la voluntad del Señor?

Epílogo y coloquios. ¡Ay de nosotros, cuando el Señor se apartare de nuestro lado! Con Jesús, aunque nada tengamos, somos riquísimos; sin Él, aunque tuviéramos todo el mundo, seríamos pobrísimos. Lázaro comienza á enfermar al punto que Jesús se aleja de él, y su enfermedad va tomando incremento, hasta que le sepulta en una tumba. En vano sus hermanas quieren detener su rápido curso, manifestando á Jesús con las más expresivas palabras el estado de su hermano; aunque Jesús las consuela con las palabras más eficaces para tranquilizar un espíritu cristiano, las sujeta, sin embargo, á la más dura de las pruebas. Repitamos nosotros con frecuencia la oración de estas hermanas: Señor, el que amas está enfermo; y tendremos el consuelo de oír á Jesús, que dice: Esta enfermedad no es para muerte, sino para glorificar á Dios por ella. ¿Quién, al recordar

¹ Joan., xi, 9.

estas palabras, no se alentará en sus enfermedades? Con ellas podemos glorificar á Dios; y ellas no acabarán con la vida del alma, aunque paren en muerte del cuerpo, á no ser que nosotros queramos. Y al ver á Jesús que animoso vuelve otra vez á Judea, sin hacer caso de los judíos que querían matarle, y al oír cómo exhorta á sus discípulos que, cuando se trata de cumplir la voluntad de Dios, hay que hollar todos los temores humanos, porque Dios vela sobre nosotros, y en nuestro mayor apuro esta luz nos librará, ¿por qué aún temeremos? Entremos dentro de nosotros, y, cotejando nuestra conducta con estas prácticas enseñanzas, preguntémosnos: ¿Cómo nos hemos portado cuando Jesús ha retirado sus consuelos de nosotros? ¿Hemos decaído de ánimo? El temor mundano, ¿nos ha hecho abandonar alguna vez el cumplimiento de la divina voluntad? ¡Qué vileza! ¡Temer á un puñado de polvo, cual es el hombre, y no temer al Omnipotente! Avergoncémosnos de tan extraño proceder, y, para corregirnos, renovemos nuestras resoluciones y hagamos fervorosos coloquios, rogando por nosotros y por todo el mundo.

108.—RESURRECCIÓN DE LÁZARO.

PRELUDIO 1.º Llegado Jesús á Betania, quiso ver el cadáver de Lázaro, y, quitada la losa, le dijo: «Lázaro, sal afuera», y el muerto resucitó.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús mandando á Lázaro que se levante.

PRELUDIO 3.º Pide gran confianza en la omnipotencia del Señor.

Punto 1.º *Salutaciones de Marta y María al ver á Jesús.*
— Considera cómo, llegando Jesús á Betania, salióle á recibir Marta, y en viéndole, le dijo: «Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano; pero ya sé que te dará Dios cuanto le pidieres». En lo cual puedes ver cómo la muerte del pecador suele acontecer, como la de Lázaro, cuando el Señor se ausenta con sus favores sensibles, porque brotan entonces las pasiones que le arrastran al pecado. Mira también cuán corta era la fe que Marta tenía de la divinidad del Salvador, que pensaba que sólo por medio de súplicas á Dios podía obrar la resurrección de su hermano; por lo cual el Señor la dijo que Él era la misma resurrección y vida; y hasta que ella hizo profesión de creer esto, no se decidió á realizar el milagro. ¡Cuánto importa que tengas fe para alcanzar los favores del cielo! Pondera las virtudes de María en esta ocasión, la cual, en oyendo que su hermana la decía que Jesús había llegado y la llamaba, al instante se levantó, corrió á Él, postróse á sus pies, y le dijo: «Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano». En lo cual descubrió tres excelentes virtudes, que son: Obediencia presta, puntual y amorosa, nacida

¹ Joan., xi, 21.

de la grande estima que tenía de Jesús; y así, en oyendo que la llamaba, se levantó y fué prestamente, sin despedirse de los que estaban con ella, ni hacer otros comedimientos que la detuviesen. Gran reverencia al Señor, porque, en viéndole, al punto se postró á sus pies, sin hacer caso que estaban allí muchos nobles de Judea que le aborrecían y llevaban á mal cualquiera honra que le hicieran. Y, por último, mostró mucha mayor fe que su hermana, con gran resignación, porque, llena de amor y dolor, dijo: «Señor, si estuvieras aquí, no muriera mi hermano»; pero calló lo demás que había dicho Marta, remitiéndolo todo á la voluntad del Señor. Y con esta oración, acompañada de una resignación tan amorosa y confiada, recabó la resurrección de Lázaro, como dice la Iglesia en la oración de su fiesta. ¡Oh si tú imitases estas ilustres virtudes de la Magdalena! ¡Oh Redentor mío! Pues tanto os agradó la obediencia, devoción y fe de esta vuestra sierva, por ellas os pido aumentéis en mi alma la fe viva y eficaz que transporta montes y resucita muertos, para que con su ayuda pueda allanar los montes de la soberbia y resucitar á las almas muertas por el pecado. ¡Oh alma devota! ¿Cuál es tu fe? ¿Imitas á Marta, ó á la Magdalena? ¿Practicar las virtudes de ésta?

Punto 2.º *Antes de resucitar á Lázaro, Jesús lloró, mandó quitar la losa y dió gracias á su Padre.*— Considera tres cosas muy significativas que hizo Cristo antes de obrar el milagro. La primera fué gemir ó llorar, lo cual hizo dos veces; la una de compasión, al ver llorar á la Magdalena y á los circunstantes, porque es propio de la caridad llorar con los que lloran; la otra de compasión del difunto, que había de volver á esta vida miserable, y de dolor del pecado que había introducido la muerte en el mundo, y porque allí se le representó cuán caro le había de costar destruir la muerte y el pecado; y cómo por esta causa Él había de morir y su cuerpo estaría amortajado en otro sepulcro como aquel, y su alma en el limbo; y también gimió de compasión de los fariseos que estaban allí, y habían de calumniar aquel milagro, y tomar de él ocasión para procurarle la muerte. La segunda cosa que hizo fué mandar quitar la losa que cubría el sepulcro, para que todos viesen el cuerpo del difunto; y aunque pudiera con sola su palabra quitarla, no quiso, porque no quería mostrar el milagro en cosa que los hombres podían hacer por sí mismos, sino en lo que excedía á su facultad. Y es de ponderar que Marta quiso estorbar esto con buen celo, diciendo: «Olerá mal, porque cuatro días ha que murió»; en lo cual se representa cómo algunas veces nuestros deudos y amigos impiden, con título de amor, nuestro bien espiritual, pretendiendo que no quitemos lo que nos estorba alcanzarlo. La tercera cosa fué levantar los

¹ Rom., xii, 15. — ² Rom., v, 12.

ojos al cielo, de donde había de venir la vida de aquel difunto, enseñándote que tu remedio consiste en ver tus miserias, no á bulto y encubiertas con losas blanqueadas, sino al descubierto, sintiendo la hediondez de tus pecados, y luego levantar la vista á Dios, de quien te ha de venir el remedio, pidiéndolo con humildad. Dió también gracias á su Padre, lo cual era peculiar en Cristo dar gracias antes de hacer el milagro, como quien estaba cierto de que su Padre gustaba que le hiciese; en lo cual también te enseña que si quieres recibir nuevas mercedes de Dios, has de comenzar dándole gracias por las recibidas. ¡Oh Redentor amantísimo! Conceded á mi pobre corazón la compasión y ternura que tiene el vuestro, para que se compadezca de las desgracias y tristezas de mi prójimo; hacedle conocer su propia miseria, y ayudadle á levantar los ojos al cielo, de donde le ha de venir el remedio de ella, comunicándole afectos santos con que agradezca al Señor los muchos bienes que le ha hecho. ¿Consideramos nosotros con atención nuestra propia hediondez y miseria? ¿Nos compadecemos de las desgracias de nuestro prójimo?

Punto 3.º *Jesús resucitó á Lázaro, diciendo: Lázaro, sal afuera.*— Considera cómo Jesucristo, puesto en pie cerca del sepulcro que estaba abierto, y en cuyo fondo se hallaba tendido el corrompido cadáver de Lázaro, levantó la voz, como quien hablaba con persona que estaba muy lejos, como lo estaba el alma de Lázaro (la cual es de suponer que estaría en el seno de Abraham); representando también con este clamor la voz de trompeta clamorosa con que los muertos han de ser llamados á juicio; y con gran imperio dijo: «Lázaro, sal afuera». Y al mismo punto el alma salió de donde estaba, y se juntó con el cuerpo; y el cuerpo vivo salió del sepulcro, atado como estaba en su mortaja, y cubierto el rostro con el sudario, para que se viese la grandeza del milagro en dar juntamente á un muerto hediondo la vida y salud perfecta, y el movimiento, con estar atado; y aunque pudiera desatarle, no quiso, sino que le desatasen y dejasen ir, para que los mismos que le desataran fueran testigos del milagro. De lo cual has de sacar afectos de admiración y gozo por la omnipotencia de Jesús. Pero espiritualizando todo este hecho, en la persona de Lázaro has de considerar á un pecador que antes había sido justo, y que, ausentándose de él Dios, según la presencia sensible y afectuosa, vino á enfermar de tibieza y á morir por consentimiento en la culpa; luego fué enterrado, sumiéndose voluntariamente en las aficiones terrenas y cayendo sobre él la losa del endurecimiento; estuvo hediondo por los escándalos que dió. Los justos pidieron por él, movidos de caridad; y viniendo sobre él la inspiración divina, salió del estado de pecado en que se hallaba; si bien atado con los corde-

les de las pasiones y malas inclinaciones que le tienen sujeto, las cuales se irán aflojando y le dejarán libre si sigue los consejos de los ministros del Señor. ¿Es este nuestro retrato? ¿Cómo hemos de mostrar á Jesús nuestro agradecimiento? ¡Oh Salvador poderosísimo! Pues vuestras obras son perfectas y me habéis sacado vivo, como confío, del sepulcro de mis culpas, libradme de las ataduras viciosas que resultaron de ellas. No rehuso acudir por ayuda á vuestros ministros, sino pido vuestro favor para quedar libre y sano por medio de ellos

Epílogo y coloquios. ¡Ay de aquella alma que, apartada del Señor, según los favores sensibles, empieza á languidecer! Acabará en triste muerte espiritual, si Dios no la visita de nuevo con auxilios especiales. Así le aconteció á Lázaro. Bien dijo Marta á Jesús: «Señor, si hubieseis estado aquí, no muriera mi hermano». Mas ¡oh miseria del corazón humano! Marta confiesa que Jesús es poderoso para impedir la muerte, y piensa que por sí sólo no puede dar vida, olvidándose que Él es la misma resurrección y vida. ¡Cuánto más viva es la fe, cuánto más excelentes son las virtudes que descubre su hermana María en este apurado trance! Apenas oye que Jesús la llama, con obediencia puntual corre á su encuentro; con la más profunda veneración y reverencia se le postra á los pies; y con la más sólida y viva fe, y admirable resignación, confiesa que á su ausencia es debida la muerte de Lázaro, remitiendo á la bondad soberana del Señor hacer lo que más conviniese en aquel apurado caso. ¡Oh ilustre Santa! Vuestras virtudes encantan á vuestro Divino Esposo, y por vuestras oraciones veréis las maravillas del Señor. Jesús, al ver la aflicción de aquella gente, gime y llora de compasión; se dirige al sepulcro; manda levantar la losa; alza los ojos al cielo, dando gracias á su Padre, que siempre le oye, y, con voz levantada y poderosa, dice al difunto: «Lázaro, sal afuera»; y Lázaro recobra la vida; se levanta por sí mismo, no obstante sus ligaduras, y desatado de ellas, anda con libertad. ¡Oh grandeza del poder de Jesucristo! Y tú, al considerar tal prodigio, ¿no creerás? Y si crees, ¿no imitarás las virtudes del Señor? ¿No tendrás compasión de los afligidos? ¿No pondrás delante de tus ojos la nada de que fuiste formado, y no serás fiel en dar gracias al Señor por sus favores? Ingratitud grande es el que no reconozcas el beneficio que te ha hecho Dios resucitándote de la muerte del pecado á la vida de la gracia. Trata de agradecerse lo del modo que te sea posible; y para esto, propón, ruega acordándote en tus súplicas, no sólo de tus necesidades y flaquezas, sino también de las necesidades de todo el mundo.

109.—LOS JUDÍOS DECRETAN LA MUERTE DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Juntáronse los judíos en concilio, y en él se decretó la muerte de Cristo, por cuyo motivo desde entonces ya no andaba en público.

PRELUDIO 2.º Representate á los judíos reunidos en concilio y á Caifás como presidente y sumo sacerdote, diciendo que conviene que Jesús muera.

PRELUDIO 3.º Pide á Jesús que te libre de la pasión de la envidia.

Punto 1.º *Los judíos, inquietos por la preponderancia de Jesús, reuniéronse en concilio para oponérsele.*—Algunos de los judíos que vieron el milagro de la resurrección de Lázaro, fueron á dar cuenta de ello á los fariseos: y, en oyéndolo, juntaron los Pontífices un concilio, diciendo: «¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros; y si le dejamos así, todos creerán en Él, y vendrán los romanos y destruirán nuestro templo y gente». Sobre esto debes ponderar primeramente cuán abominables son los que se han sujetado al vicio del odio y de la envidia, fundados en la pretensión de su propia honra é interés; pues de los milagros y obras de Cristo sacan motivo de mayores pecados, convirtiendo el antídoto en veneno para perecer con él; y de donde otros toman ocasión de virtud para salvarse, toman ellos ocasión de mayor maldad para condenarse. ¡Ay del hombre que se hace víctima voluntaria de esta pasión! Él será carga pesada para sí mismo, y se hará insoportable á los demás. Pondera luego con qué presteza los malos se arman contra Cristo² y contra los buenos, y cuán ciegos son en sus consultas, porque el odio, como viga, les ciega el ojo de la razón. Por una parte, confiesan que Cristo hace muchos milagros, y que todos han de creer en Él, recibéndole como á Mesías; y por otra parte, no se dignan de nombrarle por su nombre propio, ni de tomarle en la boca, y no quieren creer elios á sus milagros ni recibirle por Mesías, por no dejar sus vicios. Y por justos juicios de Dios, declarando el mal que tenían si no mataban á Cristo, declararon el mal en que habían de incurrir por matarle, que fué la destrucción de su templo y gente. ¡Oh buen Jesús, Ángel del gran consejo! Libradme de los consejos apasionados de mi carne, que, aconsejándome lo que gusta, por huir de dolores y deshonras, viene á caer en ellas. No quiero, Señor, otro consejo que el vuestro, y mis consejos serán vuestras justificaciones³, procurando siempre ordenar mi vida conforme á ellas. ¿Sentimos acaso nosotros la pasión de la envidia? ¿Nos dejamos llevar de ella alguna vez?

Punto 2.º *Decreto de Caifás decidiendo la muerte de Jesús.*—Considera el decreto que dió Caifás, pontífice de aquel

¹ Joan., xi, 46. — ² Psalm. ii, 2 — ³ Psalm. cxviii, 24.

año, diciendo: « Vosotros no sabéis nada, ni entendéis que nos conviene que muera un hombre por todo el pueblo, para que no perezca toda la gente». Esta sentencia puede mirarse en cuanto salió del dañado corazón de este mal pontífice, y en cuanto salió del Espíritu Santo, que quiso hablar por su boca, como dice el Evangelista, por ser el Pontífice en aquel año. En cuanto á lo primero, pondera la diabólica soberbia de este pontífice, cómo comienza su plática motejando á todos de necios, y él da en una grandísima necedad, sentenciando que era bien matar á Cristo porque no muriesen todos muerte corporal á manos de los romanos, siendo esto mismo la causa de su destrucción. Mira en esto cómo la pasión hace tanto mayores daños, cuanto es más calificada la persona en quien predomina, como sucede cuando ciega á los sabios y sacerdotes, y á los preladados y príncipes; los cuales, como dice Jeremías², mucho más quebrantan el yugo de la divina ley, y rompen las ataduras de sus preceptos. Cuanto á lo segundo, admira la traza del Espíritu Santo, que se aprovecha de la lengua de los malos para declarar sus intentos; primero se determinó Caifás á decir estas palabras con odio de Cristo, y luego le inspiró el Espíritu Santo á que las dijese, profetizando la necesidad que tenía el mundo de que muriese Cristo, para que no muriesen todos, y para recoger á una fe y caridad á los que en la eterna predestinación eran hijos de Dios y estaban derramados por el mundo. ¡Oh caridad infinita del Señor, que dispone que muera un hombre que vale infinitamente más que todos los hombres, para que no mueran ellos! ¡Oh hombre, más que hombre, hombre uno y singular entre los hombres! Gracias os doy cuantas puedo, porque escogisteis morir por los hombres, para que vuestra muerte temporal les librase de la muerte eterna. No se pierda, Redentor mío, el fruto de esta muerte; recoged los derramados; allegad todos vuestros hijos; poblad la Iglesia de muchos justos, y el cielo de muchos escogidos. ¡Oh alma! ¿No reflexionas que también por ti ha muerto Jesús? Y tú, ¿qué haces por Él? Jesús pierde la vida por tu amor, y tú, ¿de qué te privas por el suyo?

Punto 3.º *Jesús, desde este día, ya no se presentó en público.*—Considera cómo desde el día de este concilio, aprobando todos la sentencia de Caifás, quedó decretado matar á Cristo, el cual, desde entonces, como dice el Evangelista, no andaba en público, sino recogióse con sus discípulos á la ciudad de Efrén. Pondera aquí, en primer lugar, el gusto de aquella malvada gente enemiga de Cristo, con la resolución que habían tomado, y el aplauso que hicieron al dicho de Caifás, aunque tan deshonroso para ellos; y suplica al Señor que te libre de la compañía de aquellos que se alegran cuando hacen mal, y se regocijan en

¹ Joan., xi, 49.—² Jer., v, 5.

sus grandes pecados¹. Mira luego la paciencia y mansedumbre del Salvador, que, aunque estaba ausente, lo veía todo, y no se vengó de tan injurioso decreto, sino dió lugar á la ira de sus enemigos hasta su tiempo, disimulando con ellos, como si no supiera sus malos tratos; en lo cual cumplió lo que había dicho por Jeremías²: «Descubrísteme, Señor, sus estudios y tratos; pero yo húbeme como un cordero que es llevado al matadero, como si ignorara los consejos que habían pensado contra mí, diciendo: Entremos un madero por su pan, y arranquémosle de la tierra de los vivos». Reflexiona, por fin, cuán fieles fueron los discípulos en acompañar á su divino Maestro en todos estos trabajos y retiramientos, especialmente en éste, ponderando cómo Cristo nuestro Señor en aquella ciudad, que era pequeña y cercana al desierto, se estaba aparejando para la muerte, muy gozoso de que se iba acercando su hora. ¡Oh Redentor del mundo, Remediador del linaje humano! Ya está publicado el decreto de vuestra muerte por boca de un sumo pontífice, aunque malo, pero movido del Espíritu de vuestro Padre para ello. Apercibíos, Señor, para la batalla que os está amenazando, para que, muriendo, alcancéis la victoria que todos esperamos. Y pues ahora ya la habéis ganado, no permitáis que yo pierda el fruto de ella. ¡Oh si todos nos preparáramos como Jesús para luchar con nuestros enemigos! ¿Por qué no lo hacemos? ¿Por qué no imitamos la paciencia y mansedumbre que usa con los que le odian y persiguen?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán poderosa es la pasión del odio para juntar y unir á los malos contra los buenos! Los fariseos, que miran á Jesús como á su más capital enemigo, porque les descubre sus hipocresías y maldades, y que le odian de muerte al ver lo portentoso de los milagros que realiza, previendo que la gente se iría tras Él, como era muy justo y natural, se reúnen bajo la presidencia del sumo sacerdote Caifás, y, después de ligera y apasionada reflexión sobre los milagros del Señor, se levanta aquel mal Pontífice y pronuncia contra Él sentencia de muerte. Pero, ¡cuán altos y soberanos son los juicios de Dios! El mismo Espíritu Santo quiso que fuese una profecía, sumamente gloriosa para Jesús, lo que Caifás había dicho movido de la envidia, ira y deseos de venganza. Así sabe aprovecharse de la malicia de los hombres para salir adelante con sus intentos. Pero mira los edificantes ejemplos de Jesús en este caso. Sabe todo lo que han tratado los judíos; nada se le ha escondido de cuanto han resuelto; sin embargo, sus pensamientos no son pensamientos de venganza. Mansísimo y pacientísimo, da lugar á la ira de ellos; y á fin de prepararse con más quietud y reposo para el día de la lucha, se retira á una humilde ciudad,

¹ Prov., II, 14. — ² Jer., XI, 18.

contigua al desierto. ¿Qué nos dice todo esto? ¿Sentimos alguna ira ó antipatía contra los que nos han injuriado? ¿No nos contrista é intimida la malicia, obstinación y ceguera de los judíos? ¡Ay del hombre endurecido! Y, con todo, no hay nadie que no pueda caer en tan detestable estado. Temamos el orgullo, la tibieza, la envidia, pasiones que condujeron á la perdición á los malvados judíos, y para evitarlas, propongámos ser humildes, fervorosos y caritativos, pidiendo gracias para ello; no olvidemos el rogar por las demás necesidades.

110.—LAS DOS BANDERAS.

PRELUDIO 1.º Representate dos campos: uno todo es humo y confusión, presidiendo Lucifer: el otro es todo paz y claridad, y preside Jesús.

PRELUDIO 2.º Pide gracia para descubrir y evitar los lazos del primero, y conocer é imitar las virtudes del segundo.

Punto 1.º Bandera de Lucifer.—Considera una espaciosa llanura, y en medio de ella un trono de fuego y humo, sobre el cual se sienta Lucifer, príncipe de los demonios y de todos los réprobos; á su alrededor todo es confusión y desorden; sus miradas son terribles; sus ojos como carbones encendidos; en su mano tiene un estandarte, en torno del cual se reúne innumerable multitud de gentes de todas clases, condiciones y estados. Allí están los demonios, que fueron los primeros que se rebelaron contra Dios. Allí se hallan todos los hombres que se han hecho esclavos de sus pasiones....: los soberbios...., los ladrones...., los envidiosos...., los impúdicos....: todos los malvados que asombraron al mundo con sus crímenes, y no hay uno solo que no sea abominable por sus vicios. Pondera cómo Lucifer, rabioso por aniquilar el reinado de Jesucristo y por perder á los hombres, se dirige á todos los ministros que le rodean, y les manda con dureza que tiendan lazos á la virtud, que se esfuercen en hacer caer á los hombres. Primero quiere que despierten y aviven en el corazón de ellos el amor á las riquezas y bienes del mundo, para que lo aparten de los bienes del cielo; luego, que les induzcan á buscar con afán los placeres del sentido, sin considerar su vileza, malicia y desorden; por último, que fomenten en ellos la soberbia y orgullo, abismo sin fondo, de donde salen todos los pecados, como de su inmunda fuente. ¡Mira con qué actividad trabajan en su perniciosa obra los ministros de Lucifer! ¡Cuántos sacrificios se imponen para lograr sus intentos! ¡Cuántos lazos tienden! Compañías, amistades, diversiones, libros, sociedades, necesidades propias y ajenas, inclinaciones sensuales, todo lo ponen en juego para lograr sus intentos. Y desgraciadamente alcanzan lo que pretenden.... ¡Cuántos incautos se dejan seducir por sus promesas! ¡Cuántos insensatos se enredan voluntaria-